



75

Carles Marcet

IGNACIO DE LOYOLA: UN ITINERARIO VITAL

IGNACIO DE LOYOLA: UN ITINERARIO VITAL

Carles Marcet, sj.

1. PRETENSIÓN	3
2. PRESENTACIÓN: UN ITINERARIO VITAL	5
2.1. Un hombre dedicado a las vanidades del mundo	5
2.2. La experiencia fundante de Manresa	6
2.3. «En todo amar y servir»	7
2.4. La «realidad» como «medio divino»	8
2.5. Al estilo de Jesús	8
2.6. «Sentir la voluntad de Dios»	10
3. SELECCIÓN DE TEXTOS IGNACIANOS	11
3.1. La anticipación del amor de Dios	11
3.2. Responder al amor: alabar, servir, amar	14
3.3. En todo	17
3.4. Como Cristo	18
3.5. Hacia la plena comunión en Dios	22
4. CUESTIONES PARA REZAR Y/O COMPARTIR EN GRUPO	25
NOTAS	27

Carles Marcet, sj. Licenciado en teología. Ha sido durante años párroco en el barrio de Bellvitge (L'Hospitalet del Llobregat) y acompañante y divulgador de los Ejercicios en comunidades populares. Actualmente forma parte del equipo del Centro Internacional de Espiritualidad de la Cova de Manresa, donde coordina el "Curso de inmersión ignaciana" y el curso "Dos meses de reciclaje en teología".

Este cuaderno cuenta con la colaboración de la *Direcció General d'Afers Religiosos del Departament de Governació i Relacions Institucionals*



Generalitat de Catalunya
**Departament de Governació
i Relacions Institucionals**

Edita Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 1825-2015
ISBN: 978-84-9730-348-4 - ISSN: 2014-654X - ISSN (ed. virtual): 2014-6558

Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Febrero 2015

Protección de datos: La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

1. PRETENSIÓN

El presente cuaderno no pretende ser un estudio erudito sobre Ignacio de Loyola ni sobre su espiritualidad. Simplemente pretende ayudar a personas o grupos a reflexionar, rezar y compartir la experiencia espiritual de Ignacio, a fin de que su singular peregrinaje interior pueda inspirar también el nuestro en seguimiento de Jesucristo.

Creo sinceramente que el itinerario de Ignacio nos propone algo que hoy es especialmente necesario para toda persona que quiera vivir «con espíritu», a saber, la urgencia de vivir toda nuestra vida y todo en nuestra vida, desde una profunda y personal experiencia de Dios. Y ello en un mundo plural y globalizado, donde, por un lado, Dios ya no es una realidad «socialmente obvia, evidente o natural» y, por otro, donde los cristianos seguimos aspirando a vivir nuestro seguimiento de Jesucristo no como reliquia superviviente y anecdótica de un pasado, sino como aportación significativa para un presente. Como Ignacio, aspiramos a poder decir alguna cosa creíble de parte de Dios –porque Dios nos la ha comunicado primero, y así lo hemos experimentado– para ayudar a las personas con las que convivimos.

Para ello, después de una presentación general del itinerario vital –interior y exterior– de Ignacio de Loyola, ofrecemos una selección de sus textos. De Ignacio nos han llegado una serie de frases ya muy conocidas por activa y por pasiva. Pero la riqueza de sus abundantes escritos es inmensa y en su globalidad menos conocida. Ofrecemos, pues, un pequeño extracto –ordenado según su propio itinerario– de tan amplia literatura que va desde su Autobiografía [Aut.] hasta el libro de los Ejercicios Espirituales [EE] y las Constituciones de la Compañía de Jesús, pasando por una infinidad de correspondencia enviada a un público muy plural.

Algunos de los textos que encontraremos los escribe Ignacio siendo laico; otros siendo sacerdote y otros siendo Superior General de la Compañía de Jesús. Algunos escritos van dirigidos a personas laicas, otros más directamente a jesuitas o a la Compañía de Jesús en general. En cualquier caso, creo que hoy nos pueden ayudar, sea cual sea nuestro estado y condición, a ahondar en nuestra propia experiencia personal de Dios.

2. PRESENTACIÓN: UN ITINERARIO VITAL

El itinerario vital de Ignacio de Loyola, a juzgar por lo que él mismo nos explica en su autobiografía, transcurre desde un hombre «dado a las vanidades del mundo» [Aut. 1],¹ hasta llegar a ser un hombre «siempre creciendo en facilidad de hallar a Dios» [Aut. 99].

2.1. Un hombre dedicado a las vanidades del mundo

Educado en su adolescencia y juventud en ambientes cortesanos, primero al servicio del contador mayor del reino de Castilla, Juan Velázquez de Cuéllar, muy próximo a la familia real, y luego al servicio del Duque de Nájera y virrey de Navarra, Ignacio se impregnará de los valores que marcan la pauta de una vida cortesana y caballeresca. Valores escuetamente expresados en esas palabras de «vanidades del mundo» y que encierran un abierto deseo de alcanzar el mayor éxito y de luchar para autoafirmarse lo más encumbrado posible. Un personaje, pues, que vive curvado sobre sí mismo, buscando, por encima

de todo, «valer más», «ser más estimado», «ser más valorado y tenido en cuenta».

Este vivir de Ignacio para «autoafirmarse» queda bien plasmado en su empeño por defender a muerte, al servicio de los Reyes Católicos y frente las acometidas del ejército francés, la fortaleza de Pamplona, contra el parecer de todos. Precisamente en esa batalla una bala de cañón dejará maltrechas sus piernas y le obligará a un largo y solitario reposo en su casa natal de Loyola. Allí, entre soledad, aburrimiento, introspección, imaginación y lecturas de vidas de santos y de la vida de Jesús –pues no había en la casa los libros de hazañas de caballeros con los que él tanto se deleita-

ba— empezará a abrirse en su interior un insospechado rumbo vital. La auscultación de los movimientos que se van sucediendo, con alternancia y disparidad en su interior, le van moviendo a considerar una nueva posibilidad y a inclinarse por ella: ser caballero pero puesto al servicio de Jesucristo —como los santos— que es el mayor y único Señor a quien verdaderamente vale la pena servir. Con este fuerte deseo y con la intención de peregrinar a Tierra Santa, parte de Loyola ya restablecido de sus heridas.

2.2. La experiencia fundante de Manresa

No estaba previsto en su programa pero tuvo que detenerse casi por un año en Manresa. Será una interrupción providencial. Visto en perspectiva, ya al final de su vida, cuando narra su autobiografía, Ignacio reconocerá que en Manresa «le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole» [Aut. 27]. De hecho en Manresa, después de un tiempo tranquilo en el que Ignacio buscaba servir a su nuevo Señor a imitación de los santos, con un estilo de vida austero, penitente y alejado del mundo, experimentará un largo tiempo de sequedad y desolación en su proyecto vital, cosa que hasta entonces no había notado. El problema —del cual, poco a poco irá cobrando conciencia— era que aunque había decidido servir a un nuevo Señor, su patrón de funcionamiento interno seguía siendo el antiguo: sigue siendo el caballero que busca hacer grandes hazañas en servicio de su Señor para más señalarse. Sigue moviéndole la

curvatura sobre sí mismo; el afán de conquista y de ganar méritos ante su Señor. Ciertamente hay un impulso generoso en él, pero aún muy ciego y auto-centrado.

En esta tesitura el Señor le irá enseñando una lección fundamental que también él reconoce, con la perspectiva que dan los años, en su relato autobiográfico, donde dice que «en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, cuanto de aquella vez sola» [Aut. 30]. Hace aquí referencia a la experiencia honda que tuvo en Manresa conocida como «ilustración del Cardoner». La experiencia se había ido preparando entre los nubarrones de la desolación hasta que se le abrió nueva luz, «fue ilustrado». Fundamentalmente esta ilustración, que sigue a cuatro largos meses de desolación, fue darse cuenta internamente de que a su Señor no hace falta conquistarlo —con obras, méritos, penitencias...— porque ya está a nuestro favor. De entrada lo que nos pide no es que hagamos sino que nos dejemos hacer por Él. Lo primero que busca no son nuestras acciones meritorias sino nuestra persona entregada a su amor. Porque Él no es un «amo» sino que es «el Amor». Así, en el itinerario espiritual lo primero no es el amor que nosotros ponemos sino el amor de Dios que se nos anticipa: Él nos amó primero. Percibir esto existencialmente es una ilustración porque desde ahí las cosas de siempre y todas ellas, se ven de una manera nueva y orgánica.

Todo tiene, pues, como punto de partida, la gracia, el amor y la misericordia de Dios que se nos da anticipadamente. No es por lo tanto extraño que cuando Ignacio propone a otros a vivir su experiencia de Dios mediante los Ejercicios, las primeras palabras que aparecen en los mismos son «el hombre es creado». La creación toda, todo ser humano y toda vida son la anticipación del amor de Dios. Dios nos precede con su amor. Lo nuestro es acogerlo, seguirlo y perseguirlo.

Esta experiencia manresana marcará fuertemente el peregrinaje de Ignacio que, en el fondo, será un ir profundizándola. Ignacio sale de Manresa no sólo con una nueva experiencia personal de Dios sino también con una nueva experiencia personal del mundo, de la realidad. Aquél mundo que rehuía, encerrado en su cueva de penitente, ahora también se le ilumina como lugar donde Dios le ama, le busca, le espera. Se produce en Ignacio una «conversión al mundo». Un mundo que en sus ambigüedades, luces y sombras, descubre como querido y amado por Dios, cuya voluntad es redimirlo. Un mundo abatido y desolado pero que, precisamente por ello, nos está invitando a ubicarnos en él siendo portadores de consuelo, de misericordia. En otras palabras: se trata de servir al Dios de la Vida en las criaturas que tanto ama. Ésta es la manera que Ignacio encuentra para responder al «acto primero», al «Amor que nos precede»: agradeciéndole, alabándole y sirviéndole en el mundo.

Por eso veremos cómo a partir de este momento de su peregrinaje, Ignacio ira buscando maneras para alabar y ser-

vir a Dios, para corresponder agradecidamente al amor recibido. Así le veremos en Tierra Santa y, al no poderse quedar allí, en Barcelona, Alcalá, Salamanca estudiando, pues todo su deseo era dar a conocer lo que había experimentado a otros y para eso necesitaba estudiar. Luego en París empezando a aglutinar a un primer grupo de compañeros y también fortaleciendo sus estudios, etc. Por eso también en los Ejercicios, después de aquellas primeras palabras («el hombre es creado») Ignacio prosigue: «para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor». Para quien se ha descubierto bañado por el amor misericordioso de Dios es como espontánea la reacción de agradecerse-lo. Y la mejor manera que los humanos tenemos para agradecer «tanto bien recibido» es ponerlo al servicio (retornarlo) de quien nos lo regaló.

2.3. «En todo amar y servir»

Ese agradecimiento y servicio Ignacio quiere y desea ponerlo «en todo» y no «en parte». Es decir, «del todo» («enteramente») y «en todo»; en todas las cosas. Conocido es el lema ignaciano «en todo amar y servir». Y todo es todo. Así veremos en su itinerario al peregrino alabando y sirviendo por amor a Dios en múltiples lugares y situaciones. Por ejemplo estando en prisión en Salamanca por orden de la Inquisición. Él mismo dice: «Pues yo os digo que no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios» [Aut. 69]. Y así le veremos en los estudios, sirviendo y viviendo en hospitales, o por los caminos solo y a pie, o aglu-

tinando a una comunidad de compañeros, u ofreciendo la experiencia de los Ejercicios, o enseñando el catecismo a niños, o proponiendo en su tierra a las autoridades nuevas ordenanzas que ayuden a las gentes a una vida más recta y menos viciosa, o visitando a los familiares de sus compañeros en España. Y ya en Roma, habiendo sido fundada la Compañía y elegido él como Superior General, atendiendo a la correspondencia de compañeros que empezaban a dispersarse por el mundo entero, o fundando la Casa de Santa Marta para atender a las prostitutas de la ciudad y a una cofradía que tome cargo de la fundación, o creando un centro de catecumenado para atención y acogida de judíos conversos, o formando a los novicios que ingresaban en la Congregación, o... ¡En todo amar y servir!

2.4. La «realidad» como «medio divino»

Eso también lo quiere dejar claro en la propuesta de los Ejercicios de buen principio. Una vez asentado que «el hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios» se pregunta por todas las otras cosas indicando que «son creadas para el hombre, para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es creado» [EE 23]. Ese «todo» —que podríamos llamar simplemente «la realidad»: la salud y la enfermedad, la riqueza y la pobreza, el éxito y el fracaso, las relaciones humanas, las instituciones, la familia, la comunidad, el dinero, el tiempo libre, etc— ambiguo en su pluri-formidad, viene a ser «medio divino», lugar, manera, espacio y ámbito donde

vivir la relación amorosa, agradecida y servicial con Aquél que se nos ha anticipado amándonos. Así, el peregrino nos invita a peregrinar por esta realidad con una disposición fundamental de libertad: amándolo todo —pues todo puede ser medio divino, ocasión de encuentro amoroso con Dios— sin quedar poseído por nada —pues nada de la realidad es Dios—, buscando, «deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados» [EE 23].

Por eso la espiritualidad del peregrino, la espiritualidad ignaciana, permite e integra una pluralidad de tareas y trabajos concretos y diversos —en hospitales y en colegios, en sindicatos y en comunidades cristianas, como catequista o como arquitecto, en un barrio o en un pueblo, en tareas sociales, políticas, educativas o explícitamente religiosas, etc.— Lo único esencial es que en todo ello lo que se pretende y busca es amar y servir a Dios y ayudar al prójimo. De una manera rotunda lo escribía ya hace unos años Karl Rahner en un preciso librito en el cual habla por boca de San Ignacio: «Deberíais examinar constantemente si toda vuestra actividad sirve a este fin. Y si es así, entonces puede perfectamente uno de vosotros ser biólogo y dedicarse a investigar la vida anímica de las cucarachas»².

2.5. Al estilo de Jesús

No quería el peregrino amar y servir en todo de cualquier manera. Buscaba un modo y estilo concreto que era el de Jesús. Esta especie de pasión por Jesús que tan intensamente vivía ya se había empezado a despertar en los meses de

convalecencia en Loyola, donde le dieron a leer una Vida de Cristo dado que no había en la casa libros de caballería de los que tanto gustaba. Así empezó a albergar la idea de peregrinar a Jerusalén, la tierra de Jesús, su nuevo Señor. De manera muy afectiva expresa en su relato autobiográfico su estancia en Jerusalén y la imposibilidad de quedarse allí que era lo que él deseaba. Los mismos monjes de Montserrat, que le habían conocido algunos años antes, ya decían de él que «este peregrino es loco por nuestro Señor Jesucristo». Y más adelante, reunidos ya el grupo de los compañeros de París en Venecia, al preguntarse por su nombre e identidad de grupo, no encontraron mejor nombre que el de «compañeros de Jesús», pues Él era su única cabeza, el que los había aglutinado en comunidad y el que inspiraba su estilo y modo de proceder.

Este amor apasionado del peregrino por Jesús, se verá confirmado yendo de camino a Roma, en otra experiencia espiritual intensa, en la capilla de la Storta. En su autobiografía Ignacio nos cuenta que allí «vio claramente cómo Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo» [Aut. 96]. Si en Manresa había experimentado la invitación de Dios a buscarle, amarle y servirle en todas las cosas, ahora, cerca de Roma, experimenta un estilo concreto de buscar, amar y servir; el estilo de Jesús; con Él y como Él, acompañándole en su misión –cargando con la cruz– de acercar la humanidad a Dios.

Naturalmente esta pasión por Jesús, en el doble sentido de la palabra –apasionamiento y solidaridad con sus penas, fatigas y sufrimientos– está nu-

clearmente presente en la experiencia mistagógica de los Ejercicios propuestos por Ignacio, donde se invita al ejercitante a acompañar los misterios de la vida, muerte y resurrección de Jesús, ponderando con mucho afecto y reflexionando, esto es, consintiendo que su vida se refleje en la propia, de modo que sea Cristo mismo quien viva en mí y su vida la que se manifieste en mi cuerpo (2Co 4,10). Por eso se pide también al ejercitante que no cese de demandar, querer y desear «conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [EE 104].

Agradecer, amar y servir en todo a Aquel que nos ha salido al encuentro amándonos anticipadamente, en seguimiento apasionado y al estilo de Jesús, podría ser una formulación sintética del peregrinaje ignaciano, del sentido de su existir. Es la manera, en palabras suyas, de «salvar el ánima». La meta de este peregrinaje es Dios mismo: la Trinidad, comunidad y comunión de Personas, donde definitivamente el ser humano sana, descansa y queda plenificado después de su peregrinar. Ignacio busca, ya ahora en todas las cosas y al final de todas ellas, la plena comunión en Dios. Por eso su centro vital está puesto más allá de todo y, a la vez en todo. Por eso su vivir es sacramental: constante persecución de las huellas del Señor –que a veces aparecen donde uno menos se lo espera– amándolas y abrazándolas sin retenerlas ni poseerlas, sino prosiguiendo el camino que señalan hacia la plena y definitiva comunión en Dios, allá donde Dios ya lo será todo en todos (1Co 15,28).

2.6. «Sentir la voluntad de Dios»

Algo de esto se deja entrever en la fórmula escrita –que no es teórica, sino vivencial– con que Ignacio acababa muchas de sus cartas, y reza así: «ceso rogando a su divina bondad, nos dé la gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos y aquélla enteramente cumplamos»³. Lo que se anda buscando es «sentir la voluntad de Dios». Primera y fundamentalmente la voluntad de Dios no es que hagamos tal cosa o tal otra, sino lo que Dios quiere, lo que Dios ama. Y lo primero que Dios quiere y ama no son nuestras obras sino nosotros mismos, nuestra persona y nuestro ser todo. Ignacio, pues, pide la gracia para que sintamos vivo el amor de Dios por nosotros y en nosotros. Que sintamos que nos ama, nos busca y nos espera. Que nuestro peregrinaje es caminar hacia la plena comunión con Él y en Él en todas las cosas, saboreando dicha comunión ya ahora hasta su definitividad. Así, «cumplir la voluntad de Dios», en el fondo, no es otra cosa sino dejarse amar por Él y dejarse conducir por Él hacia esa comunión plena que es nuestra meta y destino, «la salvación de nuestra ánima», en palabras de Ignacio. Y eso, una vez más, «en todas las cosas»: en nuestro obrar y en nuestro padecer, en nuestro trabajar y en nuestro

descansar, en los momentos de soledad y en los de comunidad, en el pensar y en el sentir, en los éxitos y en los fracasos, en las pasiones dolorosas y en los apasionamientos vibrantes, contemplando y actuando, ejercitando la libertad o la memoria, el entendimiento y la voluntad... Porque todo ello es, en definitiva, don de Dios para que Dios disponga en mí de todo ello y así, Él y yo vayamos estableciendo una relación cada vez más comunional. Para ello, como reza el peregrino al final de los Ejercicios, lo único que basta es el amor y la gracia de Dios [EE 234]. Ojalá internamente la sintamos y enteramente nos dejemos conducir por ella.

Presentamos a continuación unos textos seleccionados de San Ignacio –con algunas breves anotaciones introductorias o notas aclaratorias cuando sea preciso– ordenados en apartados, siguiendo el hilo conductor de esta introducción que viene marcado por las siguientes palabras: el amor de Dios que se nos anticipa; agradeciéndolo, alabándole y sirviéndole; en todas las cosas; al estilo de Jesús y como Jesús; hacia la plena comunión en Dios.

3. SELECCIÓN DE TEXTOS IGNACIANOS

Ignacio relata su autobiografía al final de su vida. Evoca sucesos exteriores e interiores de hace tiempo. Evidentemente hay muchas lagunas pero curiosamente hay muchos detalles guardados celosamente en el corazón que, precisamente por el tiempo pasado se tornan muy significativos.

3.1. La anticipación del amor de Dios

Así, evoca de su tiempo de soledad y convalecencia en Loyola, un sentimiento aún muy primero pero consolador de apertura al Creador. Luego en su época manresana más crítica y dura (escrúpulos, tentación de suicidio, desesperación...) le brota el recuerdo de una oración espontánea y directa: sólo en el Creador podemos sostenernos y fundamentarnos. Superada la crisis expresa su reconocimiento de haber experimentado el amor y la misericordia de Dios que es lo que le ha liberado. Por eso la continuación de su peregrinaje no podrá concebirla sin asentarse bien en ese único fundamento: sólo en Él la confianza.

«Y la mayor consolación que recibía era en mirar al cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor» [Aut. 11].

«Comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: “Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me de el remedio, yo lo haré”» [Aut. 23].

«Y así de aquel día en adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia» [Aut. 25].

«En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole... claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera» [Aut. 27].

«... se partió para Barcelona para embarcarse. Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a sólo Dios por refugio. Y así un día a unos que mucho le instaban, ...él dijo que, aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona, no iría en su compañía; porque él deseaba tres virtudes: caridad, fe y esperanza; y llevando un compañero, cuanto tuviese hambre esperaba ayuda de él; y cuando cayese que le ayudaría a levantar; y así también se confiara de él y le tendría afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en Dios solo. Y esto que decía de esta manera, lo sentía así en su corazón» [Aut. 35].

Eso mismo que él ha vivido, espera de toda persona que quiera incorporar-se al cuerpo de la Compañía.

«... peregrinando por otro mes sin dineros... porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir; asimismo porque dejando toda su espe-

ranza que podría tener en dineros o en otras cosas criadas, las ponga enteramente, con verdadera fe y amor intenso, en su Criador y Señor»⁴ (Constituciones 67).

«Cuanto más uno se ligare con Dios nuestro Señor, y más liberal se mostrare con la su divina Majestad, tanto le hallará más liberal consigo, y él será más dispuesto para recibir *in dies* mayores gracias y dones espirituales» (Constituciones 282).

La propia experiencia vital le ha ido enseñando a Ignacio que lo esencial no es hacer sino dejarse hacer por la Misericordia de Dios que se nos ofrece anticipadamente. Esa experiencia vital además le va conduciendo a reconocer tanto bien recibido de Dios a lo largo de la vida. Por eso invita a los ejercitantes que se introducen a realizar la experiencia de los Ejercicios Espirituales a hacer lo propio, a lo largo de los mismos y sobre todo cuando se disponen a retornar a su vida cotidiana, a fin de que su vida sea respuesta amorosa a tanto bien recibido. Igualmente invita a cobrar conciencia de que incluso nuestras consolaciones son posibles gracias a esa «anticipación del amor» que Dios nos tiene y que consolándonos nos manifiesta. Y que nuestros temores pueden disiparse cuando se abren confiadamente a ese amor suyo que trabaja en nosotros.

«Finalmente, si todo lo habéis dado a Dios, dejaos guiar por Dios y haced, no al modo vuestro, mas al modo de Dios».⁵

«Será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad [...]. El primer punto es traer a la memoria los beneficios recibidos, de creación, redención y dones particulares, ponderando con mucho afecto, cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí, y cuánto me ha dado de lo que tiene, y consecuenter el mismo Señor desear dárseme en cuanto puede, según su ordenación divina; y con esto reflectir en mí mismo considerando, con mucha razón y justicia, lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas [...]. El segundo punto es mirar cómo Dios habita en las criaturas [...] y así en mí, dándome ser, vida y sentidos y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí, siendo creado a la similitud e imagen de su divina majestad» [EE 233-235].

«No es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas, ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor; y porque en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la espiritual consolación» [EE 322].

«Y no temáis la empresa grande mirando vuestras fuerzas pequeñas, pues toda nuestra suficiencia

ha de venir del que para esta obra os llama, y os ha de dar lo que para su servicio os es necesario».⁶

«Pues Dios nuestro Señor es omnipotente, y su gracia mucha, y endereza los corazones, y el deseo del bien de V.R. hace que se espere aún algo donde hay poca razón de esperar si lo humano se mirase».⁷

Para Ignacio, la expresión máxima y definitiva de ese amor misericordioso de Dios, es la vida de Jesús y su entrega en cruz, donde ese amor se nos da todo y del todo. Del corazón de Jesús entregado en la cruz, brota su Espíritu para nosotros: una nueva expresión del amor de Dios que nos precede para proseguir el camino de Jesús y acertar en el modo de agradecerle y servirle. Aunque Ignacio habla poco del Espíritu, éste está muy presente en su itinerario. A menudo se refiere a Él cuando algunos jesuitas enviados a misiones lejanas, le piden consignas «claras y distintas». Entonces Ignacio les dice que es el Espíritu quien les guiará en lo concreto.

«Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, como de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere» [EE 53].

«Acerca de la instrucción que pedís para mejor proceder en el divino servicio en esta misión, espero os la dará más cumplida el Espíritu Santo con la unción santa y don de prudencia que os dará, vistas las circunstancias particulares».⁸

«Todo esto propuesto servirá de aviso, pero el Patriarca no se tenga por obligado de hacer conforme a esto, sino conforme a lo que la discreta caridad, vista la disposición de las cosas presentes y la unción del Espíritu Santo, que principalmente ha de enderezarle en todas las cosas, le dictare».⁹

3.2. Responder al amor: alabar, servir, amar

Descubierto y experimentado el amor que «viene arriba» (es de Dios) y que se anticipa y fundamenta todo, el peregrino se siente internamente movido a responder con amor, preguntándose por la mejor manera de corresponder y disponiéndose amorosa y confiadamente a lo que fuere (por ejemplo cárcel). Cada vez más ese corresponder, «sirviendo y amando» se va concretando en la vida de San Ignacio en una expresión muy suya: «ayudar a las almas». Expresión que aparece múltiples veces en su autobiografía y que retoma, formulada de otro modo, en el Examen a los candidatos a la Compañía. También es lo que propone muchas veces en sus cartas. Una de las maneras predilectas de Ignacio de servir a Dios ayudando a las ánimas es la conversación espiritual: su relato autobiográfico está jalonado de constantes

búsquedas de personas espirituales con quienes conversar y de ofertas de conversación con otros sobre cosas de Dios.

«Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviere en Jerusalén, siempre vino pensando qué haría» [Aut. 50].

«Aquél por cuyo amor entré, me sacará, si fuere servido de ello [Aut. 60] [...] pues yo os digo que ni hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios» [Aut. 69].

«Y en todos estos cinco procesos y dos prisiones, por gracia de Dios, nunca quise tomar ni tomé otro solicitador, ni procurador, ni abogado, sino Dios, en quién toda mi esperanza presente y por venir, mediante su divina gracia y favor, tengo puesta».¹⁰

«Y con todo esto se deben esforzar en las conversaciones espirituales de procurar el mayor provecho interno de los prójimos, y mostrar lo que supieren y mover a hacer bien a los que pudieren» (Constituciones 115).

«Donde quiera que os halléis, querría tuvieseis memoria de ayudar a las ánimas, que tan caras costaron a Cristo nuestro Señor, aunque no fuese sino en conversaciones, exhortaciones particulares y, finalmente, en lo que cómodamente podréis».¹¹

En su convalecencia en Loyola «[...] el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en co-

sas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas [...]» [Aut. 11]. También en Manresa... «conversaba algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle [...] había muchos días que él era muy ávido de platicar de cosas espirituales, y de hallar personas que fuesen capaces de ellas [...]» [21 y 34]. Y en Barcelona: «antes que se embarcase, según su costumbre, buscaba todas las personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la ciudad, para tratar con ellas» [37]. Nuevamente en Barcelona, ahora de regreso de Tierra Santa, va a buscar a un monje que había conocido en Manresa: «Tenía el peregrino en Manresa un fraile, hombre muy espiritual, y con éste deseaba estar para aprender, y para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aún aprovechar a las ánimas» [54]. En Salamanca responde a los franciscanos que le acosan a preguntas: «Nosotros no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios» [65]. De regreso a su tierra natal «En este hospital, empezó a hablar con muchos que lo iban a visitar de las cosas de Dios, y con su gracia se obtuvo mucho fruto.» [88]. En Venecia «se ejercitaba por aquel tiempo en dar los ejercicios y en otras conversaciones espirituales» [92].¹²

Para Ignacio este «amar y servir» debe estar presente, en todas y cualquiera que sean las actividades que emprendamos (importantes o discretas, educativas

o sociales, contemplativas o activas, etc), y en cualquiera que sea la situación vital en que nos encontremos (riqueza, pobreza, salud, enfermedad, éxito, fracaso...). Viene a ser como un faro que ilumina y orienta toda actividad.

En la tarea educativa: «tengan los maestros particular intención, así cuando se ofreciese ocasión en las lecciones como fuera de ellas, de moverles (a los alumnos) al amor y servicio de Dios nuestro Señor y de las virtudes con que le han de agradar, y que enderecen todos sus estudios a ese fin» (Constituciones 486).

En cualquier actividad temporal: «puede el peso del alma —que es el amor— aliviarse cuando aún en las cosas terrenas y bajas uno no se hace terreno ni bajo, sino que las ama todas por Dios nuestro Señor».¹³

En tareas administrativas y económicas «del cargo de las cosas temporales, aunque en alguna manera parezca y sea distractivo, no dudo que vuestra santa intención y dirección de todo lo que tratáis a la gloria divina lo haga espiritual y muy grato a su infinita bondad».¹⁴

En el tiempo de estudio y formación: «el fin de un escolar estar en el colegio aprendiendo es que haya ciencia con que pueda servir a nuestro señor Dios a mayor gloria suya, ayudando al prójimo, lo cual requiere todo el hombre; y no del todo se daría al estudio si por largo espacio se diese a la oración».¹⁵

En tiempos de salud y de enfermedad: «pienso que un servidor de Dios en una enfermedad sale hecho medio doctor para enderezar y ordenar su vida en gloria y servicio de Dios nuestro Señor».¹⁶

«He entendido que Dios nuestro Señor os ha visitado con enfermedad no ligera. Bien me persuado [...] que habréis procurado de sacar el fruto que de semejantes visitas quiere Dios nuestro Señor se saque, cuya sapiencia y caridad infinita, no menos con las medicinas amargas que con las consolaciones muy gustosas, busca nuestro mayor bien».¹⁷

En el éxito y en el fracaso, en la consolación y en la desolación: «el Padre celestial la provee de lo que más la cumple, pues no menos en la adversidad que en la prosperidad, y tanto en las aflicciones como en las consolaciones, muestra el eterno amor suyo con que guía sus escogidos a la felicidad perpetua».¹⁸

En cualquier caso, ante tanto bien recibido, uno no puede quedarse sin hacer nada. Precisamente eso es lo que le duele al peregrino en un momento de su vida en que se descubre en trance de muerte, viajando por mar de Valencia a Italia bajo una tremenda tempestad. En sus escritos anima a diversas personas a ser generosas entregando tanto bien recibido.

«En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no

podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios nuestro Señor le había comunicado» [Aut. 33].

«No debe ser corto aquél con quién Dios nuestro Señor ha sido tan largo con él. Tanto descanso y bien hallaremos cuanto en esta vida hiciéramos».¹⁹

«Plegue a la divina bondad nos quiera infundir su gracia, para que en tierra no escondamos las mercedes y gracias que siempre nos hace».²⁰

«(Nuestro Señor) queriendo ser venido por rescatarnos, infamado por glorificarnos, pobre por enriquecernos, tomando muerte de tanta ignominia y tormento por darnos vida inmortal y bienaventurada. ¡Oh cuán demasiadamente es ingrato y duro quien no se reconoce con todo esto muy obligado de servir diligentemente y procurar la honra de Jesucristo!»²¹

«Guárdese de tanto quererse humillar que llegue a dar lugar al espíritu de pusilanimidad. Los dones de Dios no se deben estimar en poco... y no se deje envilecer ni decaer de ánimo; y sepa que nosotros estimamos en vos los dones de Dios más de lo que vos mostráis estimarlos».²²

«Con obras y verdad muestren el amor, y sean benéficos con muchas personas, ora sirviéndolas en lo espiritual, ora en lo temporal».²³

3.3. En todo

Retornar el amor recibido, amando y sirviendo en todo. Una primera y principal manera es ofreciendo a otros la propia experiencia espiritual mediante los Ejercicios, de modo que quien quiera introducirse en la experiencia para sacar fruto se disponga también a poner en juego todo su ser y del todo. Trátándose de una experiencia integral e integradora, en los Ejercicios Ignacio propone una dialéctica –que no es teórica sino existencial– entre el Uno (sólo Dios es Dios; sólo a Él buscarle) y el todo (todas las cosas puestas al servicio de esa búsqueda, pues en todas se le puede amar y servir). Esta dialéctica está presente en diversos momentos del proceso de los Ejercicios.

«Los Ejercicios no los había escrito todos de una vez, sino que, algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que también podrían ser útiles a otros, y así las ponía por escrito» [Aut. 99].

Ya al inicio de los Ejercicios como predisposición: «al que recibe los Ejercicios, mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad con su Criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su divina majestad, así de su persona, como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad» [EE 5].

«Estando así apartado, no teniendo el entendimiento partido en muchas cosas, mas poniendo todo el cuida-

do en una sola, es a saber, en servir a su Criador y aprovechar a su propia ánima, usa de sus potencias naturales más libremente, para buscar con diligencia lo que tanto desea [...] cuanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para se acercar y llegar a su Criador y Señor; y cuanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina y suma bondad» [EE 20].

En las oraciones preparatorias: «que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad» [EE 46].

Preparando una sana elección: «Y así, cualquier cosa que yo eligiere, debe ser para que me ayude para el fin para que soy criado; no ordenando o trayendo el fin al medio, mas el medio al fin; así como acaece, que muchos eligen primero casarse, lo cual es medio, y en segundo lugar servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el cual servir a Dios es fin; asimismo hay otros que primero quieren hacer beneficios, y después servir a Dios en ellos» [EE 169].

La dialéctica del todo y el uno es una manera de estar en el mundo que podríamos calificar de «sacramental» o de «permanente diálogo existencial con Dios en todo». Dialéctica hecha de «búsqueda amorosa de Aquel que primero me ha salido al encuentro y buscado», de «respuesta libre al Amor libre recibido». A eso exhorta Ignacio, tanto

en las Constituciones de la Compañía como en cartas enviadas a diversas personas.

«... sean exhortados a menudo a buscar en todas las cosas a Dios nuestro Señor, apartando, cuanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador de ellas, a Él en todas amando y a todas en Él» (Constituciones 288).

«... se pueden ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y esencia, en todas las cosas».²⁴

«... por eso convendría hacer hospitales donde se recogiese peregrinos y enfermos de males curables y incurables, dar y hacer dar limosnas secretas y públicas a pobres, ayudar a casar pupilas, hacer confraternidades para redimir cautivos y criar niños expósitos, etc».²⁵

«... plego al Señor nuestro que por su infinita y suma bondad osumente siempre en amarle en todas las cosas, poniendo, no en parte, mas en todo, todo vuestro amor y querer en el mismo Señor, y por Él en todas las creaturas».²⁶

«Hasta el presente, por la bondad de Dios, siempre hemos estado bien, experimentando más y más cada día la verdad de aquellas palabras: “como quienes nada tienen y todo lo poseen (2Co 6,10)”. Todas

las cosas, digo, que el Señor prometió dar por añadidura a cuantos buscan primero el Reino de Dios y su justicia [...]. A vos en especial conviene considerar que, si algún bien habéis, por ninguno seáis cogido, por nada temporal poseído, dirigiendo todas las cosas para servicio de quién las habéis».²⁷

Este modo de estar en el mundo pide adiestrarse en el ejercicio del discernimiento para acertar, entre el «todo», lo que más conduce al fin pretendido.

«... aunque se proponen muchos medios de ayudar al prójimo, y muchas obras piadosas, la discreción (es decir, el discernimiento) será la que señale cuáles deben abrazarse, puesto que todas no se puede, teniendo siempre ojo al mayor servicio de Dios y al bien común».²⁸

«Cuando son muchas las ocupaciones, se impone la elección y emplearse en las más importantes, es decir, de mayor servicio divino, de mayor utilidad espiritual para los prójimos, de más universal bien».²⁹

«... denos el Señor la lumbré de la santa discreción (discernimiento), para que de las cosas criadas usemos con la luz del Criador. Amén».³⁰

3.4. Como Cristo

Atrapado por Jesucristo y apasionadamente determinado a seguirle, Ignacio entrega sus armas exteriores (Montserrat) e interiores (Storta). En la capilla de

la Storta tiene una experiencia nítida de que Dios le concede aquello que andaba buscando: ser puesto con Jesús.

«... se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante del altar de nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo» [Aut. 17].

«Y estando un día en una iglesia haciendo oración algunas millas antes de llegar a Roma, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no se atrevería a dudar de esto» [Aut. 96].

Esta experiencia la ofrece como invitación a quien hace los Ejercicios, en diversos momentos de los mismos, especialmente a lo largo de la Segunda Semana: escuchar que Cristo llama a estar con él, a vivir y trabajar con él y como él, a militar bajo su bandera, a las duras y a las maduras, aunque ello conlleve oprobios, persecuciones, aunque «no esté de moda» o el mundo «no lo entienda». Y una vez escuchado todo ello, desearlo y pedir la gracia de «ser puesto con Jesús» (¡no de ponerse!).

Primero escuchar la llamada: «ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante de él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la

gloria de mi Padre. Por tanto, quién quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria"» [EE 95].

Luego rezar deseando alcanzar esa gracia: «Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación, con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado» [EE 98].

Y también expresar el deseo en el coloquio o diálogo afectivo orante con el Señor: «Un coloquio a nuestra Señora, porque me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera» [EE 147].

«...por parecer e imitar más, actualmente, a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores; y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio y prudente en este mundo» [EE 167].

Igualmente quiere Ignacio que los que entren en la Compañía y, en general, todo jesuita, se dispongan a vivir

esta experiencia que él describe a menudo como «vestirse de la librea de Cristo», en resonancia de la expresión paulina «revestirse de Cristo». Vivir así puede parecer a ojos del mundo³¹ una pérdida pero es una ganancia. Lo más opuesto a la «librea de Cristo» es el afán de tener (avaricia) y de poder y de figurar (ambición). De ahí se siguen todos los males.

«Asimismo es de mucho advertir a los que se examinan,³² en cuanto grado ayuda y aprovecha en la vida espiritual, aborrecer, en todo y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza; y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado. Como los mundanos que siguen al mundo, aman y buscan con tanta diligencia honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras a Cristo nuestro Señor, amen y deseen intensamente todo lo contrario; es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia» (Constituciones 101).

«... dando entera señal de sí, que de todo el século y de sus pompas y vanidades se parten, para servir en todo a su Criador y Señor crucificado por ellos» (Constituciones 66).

«Ellos³³ van muy animados y consolados con esperar de emplear sus trabajos y sus vidas en mucho servicio divino, en ayuda de las ánimas de sus súbditos, deseando en

alguna parte imitar la caridad de Cristo nuestro Señor [...]. Y van aparejados para dar, no solamente doctrina, consejo y ayuda espiritual a las ánimas, pero, si es menester, poner la vida por ellas».³⁴

«... cuanto mayor deseo alcanzáremos de nuestra parte, sin ofensa de prójimos, de vestarnos de la librea de Cristo nuestro Señor, que es de oprobios, falsos testimonios y de todas otras injurias, tanto más nos iremos aprovechando en espíritu, ganando riquezas espirituales».³⁵

«... importará para la conservación y aumento de todo este cuerpo que se destierre muy lejos toda especie de avaricia [...]. Será también de suma importancia para perpetuar el buen ser de la Compañía excluir de ella con grande diligencia la ambición, madre de todos los males de cualquier comunidad» (Constituciones 816-817).

A menudo Ignacio cualifica esa «librea de Cristo» con los términos de «pobreza y humildad». En ese contexto cabe entender los votos especiales que pide a los profesos jesuitas donde se comprometen a enseñar a «niños y rudos» (humildes) y no tocar nada referente a la pobreza si no es para estrecharla más. Igualmente invita a todos a amar la pobreza que Cristo amó y a los pobres, amigos de Cristo, lo cual es una gracia que hay que desear mucho y acoger y agradecer cuando es concedida. La pobreza y la amistad con los pobres son concretas. Vivirlas tiene concreciones y consecuencias. Vivirlas se fundamenta en una percepción sacramental

de la realidad: toda persona es imagen de Dios, miembro de Cristo. Así vivida, la pobreza por Cristo y como Cristo es testimonial y apostólica.

«La promesa de enseñar a los niños y personas rudas [...] se pone en el voto [...] porque tiene más peligro de ser puesto en olvido y dejado de usar, que otros (ministerios) más aparentes como son el predicar, etc.» (Constituciones 528).

«... todos los que harán profesión en esta Compañía prometan de no ser en alterar lo que a la pobreza toca en las Constituciones, sino fuese en alguna manera para más estrecharla» (Constituciones 553).

«Llamo gracia a la pobreza, porque es un don de Dios especial [...] y siendo tan amada de Dios como lo muestra su Unigénito que, dejando el trono real, quiso nacer en pobreza y crecer con ella. Y no sólo la amó en vida, padeciendo hambre, sed, y no teniendo dónde reclinar la cabeza, mas también en la muerte, queriendo ser despojado de sus vestiduras y que todas sus cosas, hasta el agua en la sed, le faltase. La Sabiduría, que no puede engañarse, quiso mostrar al mundo cuán preciosa fuese aquella joya de la pobreza, cuyo valor ignoraba el mundo, eligiéndola él, a fin de que aquella su doctrina de “bienaventurados los que tienen hambre y sed, bienaventurados los pobres, etc.”, no pareciese disonante con su vida. Se muestra de la misma manera cuánto aprecia Dios la pobreza, viendo como los escogidos amigos

suyos [...] comúnmente fueron pobres [...]. Son tan grandes los pobres en la presencia divina, que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo [...]. [Así], la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno [...] [y la pobreza] hace al hombre libre de aquella servidumbre común a tantos grandes del mundo, en el cual todas las cosas obedecen o sirven al dinero [...]. Aquellos que aman la pobreza, deben amar el séquito de ella, en cuanto de ellos dependa, como el comer, vestir, dormir mal y el ser despreciado. Si por el contrario, alguno amara la pobreza, mas no quisiera sentir penuria alguna, ni séquito de ella, sería un pobre demasiado delicado y sin duda mostraría amar más el título que la posesión de ella, o amarla más de palabra que de corazón».³⁶

«Por diversas cartas entendemos que Dios nuestro Señor les visita con el efecto de la santa pobreza, es decir, incomodidad y falta de algunas cosas temporales, las cuales serían necesarias para la salud y bienestar del cuerpo. No es poca gracia que se digna hacer su divina bondad en daros a gustar aquello que debe siempre estar en el deseo nuestro para conformarnos a nuestro guía Jesucristo [...] por más que si nos comparamos con aquellos hermanos nuestros de la India, que en tantas fatigas corporales y espirituales andan tan mal proveídos de alimentos, no comiendo pan en muchos lugares, y menos bebiendo vino, pasando con un poco de arroz

y agua, o cosa parecida de poco alimento, mal vestidos, y finalmente en el hombre exterior con harta incomodidad, no me parece que nuestro padecer sea demasiado duro». ³⁷

«Hablo que los bienes de la Iglesia, que no son necesarios para la sustentación de vuestra merced según la decencia de su estado, son de los pobres y obras pías, y con injusticia grande se les quita [...]. Perdóneme vuestra merced que le hablo claro; pero el amor me constriñe [...] y juzgo que tiene vuestra merced falta de quién le acuerde lo que le cumple [...]. Esta tal obra no es dar riquezas a los parientes, que tienen suficiente pasada según su estado, ni hacer memorias de poco fruto espiritual y poca ayuda del bien común, sino dar a los pobres y obras pías [...]. Acuérdese vuestra merced que no es señor de su hacienda, sino dispensero, y que ha de dar cuenta de ella». ³⁸

«... procurad considerar ésta o aquella persona, no como bella o fea, mas como imagen de la Santísima Trinidad, como miembro de Cristo. ³⁹

«... se acuerden que deben dar gratis lo que gratis recibieron, no demandando ni aceptando estipendio ni limosna alguna [...] porque así puedan con más libertad y más edificación de los prójimos proceder en el divino servicio» (Constituciones 565).

Este deseo de identificarse con Cristo, de dejar que Cristo se refleje en mí, al ser tan «alto» pide «bajar» a las

profundidades del «conocimiento interno» para poder elevarse de nuevo en la transparencia de una vida que, como la de Jesús, consuela, anima, levanta, acompaña como un amigo.

«... demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga» [EE 104].

«... mirar el oficio de consolar que Cristo nuestro Señor trae, y ello comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros» [EE 224].

3.5. Hacia la plena comunión en Dios

Los Ejercicios Espirituales son un método mistagógico para adentrarse afectiva y activamente en el Misterio de Dios, a fin de elegir el querer de Dios para la propia vida, y a fin de vivirlo todo por Él, con Él y en Él, en comunión amorosa con Dios, como amante y amado. Se establece así una relación que pide de nuestra parte un vaciarse, un dejar espacio al Otro para hacer camino juntos. Forma parte de esta mistagogía de los Ejercicios detectar aquel mal espíritu que quiere alejarnos de este camino hacia la comunión con Dios en todo, y cobrar conciencia del buen espíritu que fortalece este recto caminar.

«Por este nombre de Ejercicios Espirituales se entiende [...] todo modo de preparar y disponer el ánima,

para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida» [EE 1].

«... piense cada uno, que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés» [EE 189].

«... el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene, o de lo que tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante» [EE 231].

«... nuestro antiguo enemigo (el mal espíritu) poniéndonos todos los inconvenientes posibles por desviarnos de lo comenzado (consolación, fervor interior, percepción de vivir integradamente en comunión con Dios [...]) tanto nos veja, poniéndonos muchas veces tristeza sin saber nosotros por qué estamos tristes, que ni podemos orar con alguna devoción, contemplar, ni aún hablar ni oír de cosas de Dios con sabor o gusto interior alguno. Que no sólo esto, mas si nos halla ser flacos y mucho humillados a estos pensamientos dañados, nos trae pensamientos como si del todo fuésemos de Dios nuestro Señor olvidados; y venimos en parecer que en todo estamos apartados del Señor nuestro, y que cuanto hemos hecho y cuanto queríamos hacer ninguna cosa vale. Así procura traernos en desconfianza de todo [...]. Ahora [...] acaece que muchas veces el Señor nuestro mueve y

fuerza nuestra ánima a una operación o a otra, abriendo nuestra ánima, es a saber, hablando dentro de ella sin ruido alguno de voces, alzándola toda a su divino amor; y nosotros a su sentido aunque quisiéramos no pudiendo resistir».⁴⁰

El último y definitivo «salir» para entrar en la comunión ya definitiva en Dios se produce en el momento de la muerte. Vivida en Cristo y desde Cristo ésta es un salir «pascual».

«No tengo pena sino gozo en el Señor Dios nuestro que, como muriendo nos quitó el temor de la muerte, así resucitando y subiendo al cielo nos mostró cuál era y a donde la verdadera vida —a la cual por la muerte se pasa— en la participación de su reino y gloria».⁴¹

Este progresivo camino de comunión con Dios se puede vivir en todas las cosas pero desde dentro. Requiere capacidad de interioridad para poder percibir al Uno presente en todo. Por eso es un error pensar que la falta de sentimiento de esta comunión se debe a «causas externas». Al revés, es un problema de vivir las cosas externas sin interioridad.

«... os engañáis en demasía pensando venga del lugar, o de los superiores, o de los hermanos, la causa de no poderos aquietar ni dar fruto en el camino del Señor. Esto viene de dentro y no de fuera [...]».

Podéis mudar de lugar y de superiores y de hermanos, mas si no mudáis el hombre vuestro interior, nunca obraréis bien y en todo lugar seréis el mismo... Así que procurad esta mutación y no otra. Digo que procuréis mudar el hombre interior y reducirlo como a siervo de Dios, y no penséis en mutación externa alguna».⁴²

Pensando en la Compañía, Ignacio considera que esta vinculación amorosa y de comunión con Dios de cada jesuita es lo que más va a favorecer la comunión de todo el Cuerpo. Esta comunión es un testimonio profético en el mundo, anticipativo de aquello que nos espera y andamos buscando. Tal consideración es válida no sólo para los jesuitas sino para cualquier comunidad cristiana que hoy quiera aportar en nuestro mundo una presencia testimonial y profética. Forma parte de la misión ayudar a otros a entrar en esa relación afectiva que es el conocimiento de la comunión deseada por Dios con cada cual. Así lo expresa a diversos grupos de compañeros enviados en misión.

«El vínculo principal para la unión de los miembros entre sí y con la cabeza, es el amor de Dios nuestro Señor; porque estando el superior y los inferiores muy unidos con la su divina y suma Bondad, se unirán muy fácilmente entre sí mismos por el mismo amor que de ella desciende, y se extenderá a todos los prójimos, y en especial al cuerpo de la Compañía» (Constituciones 671).

«... tened por cierto que os hemos siempre de tener —en cualquier estado que os hallareis— en las entrañas, apretándose tanto más la unión interior, cuanto más os alejais de la presencia exterior».⁴³

En sus actividades apostólicas procuren «mover a las ánimas al entero conocimiento de sí mismas y a mayor conocimiento y amor de su Criador y Señor [...] procurando con deseo de inflamar las ánimas en amor de su Criador y Señor».⁴⁴

«... haya sermones o lecciones sacras que tengan por intento mas bien mover el afecto y formar las costumbres que ilustrar el entendimiento».⁴⁵

4. CUESTIONES PARA REZAR Y/O COMPARTIR EN GRUPO

Sobre el amor de Dios que se anticipa

El amor de Dios en nuestra vida es concreto. Evoca, gustando y sintiendo internamente, situaciones y momentos de tu vida donde lo has experimentado

¿Qué sentimientos y acciones ha despertado en ti la experiencia del amor de Dios?

Sobre el responder al amor de Dios: alabar, servir, amar

También nuestra respuesta al amor de Dios es concreta. ¿De qué estás agradecido a Dios?

¿Cuál es hoy tu manera personal y concreta de «ayudar a las almas»?

Sobre el «todo»

De los diferentes elementos que componen tu realidad toda (comunidad, profesión, economía, relaciones personales, trabajo, estudio, ocio, voluntariado...)

¿en cuáles te sientes suficientemente libre y en cuáles más atrapado?

¿Cómo vives en la práctica la dialéctica entre el Uno (Dios) y el «todo» (todas las cosas)? ¿En qué aspectos percibes que te resulta problemática o difícil?

Sobre el «como Jesucristo»

¿En qué sentido puedo decir con honestidad que vivo «puesto con el Hijo»?

¿En qué concreciones lo percibo o tengo mayor conciencia de ello?

Sobre la plena comunión en Dios

¿Qué realidades internas y externas me hacen difícil sentirme viviendo en comunión con Dios?

¿Cómo cuido mi interioridad a fin de saberme habitado por Él? ¿Cómo cuido mi actividad exterior a fin de no pasar epidérmicamente por la vida?

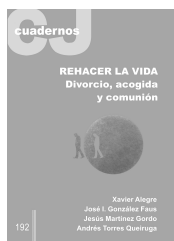
1. *El peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Valladolid, ed. Mensajero-Sal Terrae (1996). Introducción, notas y comentarios por Josep M^a Rambla Blanch sj. Todas las citas de la Autobiografía responderán a esta edición y para evitar notas las consignaremos como [Aut].
2. K. RAHNER - P. IMHOF, *Ignacio de Loyola*, Santander, Sal Terrae, 1979, p. 16. Aunque se trata de palabras dirigidas a los jesuitas, creo que en nuestro contexto actual pueden ayudar a cualquier persona interesada en la espiritualidad ignaciana, aunque no sea jesuita.
3. *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, Madrid, BAC, 1963, p. 623. En adelante citaremos *Obras completas* los textos de esta edición.
4. El texto hace referencia a una de las experiencias que se invita a realizar a todo jesuita en su noviciado: las peregrinaciones. Se inspira en las diversas peregrinaciones que el propio Ignacio realizó, a menudo solo y a pie, donde uno es confrontado con la incertidumbre y la intemperie, con la soledad y la no seguridad, con la incomodidad y la burla, con el poco comer y descansar... de tal manera que uno sólo pueda poner su confianza en Dios.
5. Carta de Ignacio de Loyola al Hermano Juan Bautista (mayo de 1556), *Obras completas*, p. 951. Este hermano jesuita tenía fuertes deseos de estudiar cuando, de hecho, todo el mundo veía que no tenía aptitudes naturales para ello. Ya al final de su vida, Ignacio le escribe aconsejándole con aquel principio espiritual que ha guiado todo su peregrinar: fiarse de Dios y dejarle hacer antes que empeñarse en hacer según el propio querer.
6. Carta de Ignacio de Loyola al P. Juan Nuñez Barreto (julio de 1554), *Obras completas*, p. 875. El contexto de este fragmento es el de una carta enviada al P. Barreto que había sido designado para abrir un frente misionero en Etiopía. El P. Barreto había mostrado disponibilidad pero se encontraba muy limitado para una empresa tan grande. Eso también puede pasarnos a nosotros y la sabiduría espiritual de la respuesta de Ignacio nos sirve: la fortaleza para desarrollar cualquier tarea no viene de nosotros; viene de más allá de nosotros y está en nosotros.
7. Carta de Ignacio de Loyola al P. Antonio Soldevila (abril de 1556), *Obras completas*, p. 946. Soldevila era un jesuita complicado, un tanto independiente y singular y que solía generar problemas allá donde era destinado. En este contexto la frase de Ignacio es elocuente de su sentir: incluso allá donde humanamente se esperaría poco, el amor de Dios puede obrar maravillas.
8. *Obras completas*, p. 876. Este es otro fragmento de la carta de Ignacio al P. Nuñez Barreto, enviado a abrir la misión en Etiopía. El P. Barreto pedía consignas concretas sobre el modo de proceder en la nueva misión. Ignacio le remite al Espíritu Santo.
9. *Obras completas*, p. 916. De nuevo al P. Barreto, Ignacio le indica cómo una mirada atenta a la realidad y la escucha de las mociones del amor de Dios en nosotros (el Espíritu) es lo que mueve a tomar las acciones necesarias para que ese amor de Dios llegue a todos a través de las mismas.
10. Carta de Ignacio de Loyola al rey de Portugal, Juan III (marzo de 1545), *Obras completas*, p. 662. El motivo de esta carta, una vez la Compañía se va asentando en Portugal, es notificar directamente al monarca de las razones de las persecuciones que padeció, a fin de que no se le presente una realidad desfigurada de su persona. Nos encontramos en el escrito con un motivo que ya hemos visto: soportar cárceles y persecuciones en amor y servicio de Dios es posible porque Él anticipa su amor y gracia.
11. Carta de Ignacio de Loyola al P. Simón Rodríguez (octubre de 1555), *Obras completas*, p. 936.
12. Los Ejercicios son, pues, para Ignacio, una de entre estas «otras maneras de conversaciones espirituales»; seguramente la más preciada. El

- acompañamiento en los ejercicios no es una predicación, sino una conversación espiritual tendente a ayudar a las personas a «hallar y buscar la voluntad divina» para con sus vidas. No es de extrañar, pues, que Ignacio desee que los jesuitas sean diestros en el arte de la conversación espiritual (Constituciones 115, 157).
13. Carta de Ignacio de Loyola al obispo de Targa, Manuel Sanches (mayo de 1547), *Obras completas*, p. 690.
 14. Carta de Ignacio de Loyola al P. Manuel Godinho (enero de 1552), *Obras completas*, p. 781. El P. Godinho, que se había dedicado a ministerios espirituales, ha recibido la misión de cuidar la administración y economía del colegio de Coimbra, algo que le fue costoso de integrar. En su respuesta Ignacio insiste en su máxima: «servir y amar... en todo».
 15. Carta de Ignacio de Loyola al P. Antonio Brandao (junio de 1551), *Obras completas*, p. 762. No se sirve y ama más a Dios en la oración que en el estudio. ¡En las dos cosas, y cada una en su debido momento!
 16. Carta de Ignacio de Loyola a Isabel Roser (noviembre de 1532), *Obras completas*, p. 617.
 17. Carta de Ignacio de Loyola al P. Teutonio de Braganza (enero de 1554), *Obras completas*, p. 846.
 18. Carta de Ignacio de Loyola a la señora Magdalena Domenech (enero de 1554), *Obras completas*, p. 847.
 19. Carta de Ignacio de Loyola a su hermano Martín de Oñaz (junio de 1532), *Obras completas*, p. 615.
 20. Carta de Ignacio de Loyola a Juan Verdolay (julio de 1537), *Obras completas de San Ignacio de Loyola*, Madrid, BAC, 5ª edición, p. 739.
 21. Carta de Ignacio de Loyola a los estudiantes del colegio de Coimbra (mayo de 1547), *Obras completas*, p. 684.
 22. Carta de Ignacio de Loyola al P. Felipe Leerno (diciembre de 1553), *Obras completas*, p. 842. Por lo visto el P. Leerno estaba pasando por un período de aridez, baja autoestima y desconfianza espiritual. Ignacio le invita a descubrir los dones de Dios presentes en su persona.
 23. Carta de Ignacio de Loyola a los jesuitas enviados a ministerios (septiembre de 1549), *Obras completas*, p. 741.
 24. Carta de Ignacio de Loyola al P. Antonio Brandao (junio de 1551), *Obras completas*, p. 763. El P. Brandao había formulado algunas cuestiones sobre la formación de los estudiantes jesuitas. A una de ellas, Ignacio le responde proponiéndole este ejercicio de búsqueda de Dios, no sólo en la oración y en los sacramentos, mas en todas las cosas.
 25. Carta de Ignacio de Loyola al P. Juan Nuñez (febrero de 1555), *Obras completas*, p. 913. En esta carta Ignacio propone al P. Nuñez una serie de instrucciones para la misión de Etiopía. En el conjunto de la carta puede apreciarse el deseo de Ignacio de emplear «todo modo» de servir a Dios en provecho de las ánimas. Destacamos en concreto lo que hoy llamaríamos «acciones sociales» que forman parte también de ese «todo modo».
 26. Carta de Ignacio de Loyola a su hermana Magdalena (mayo de 1541), *Obras completas*, p. 641.
 27. Carta de Ignacio de Loyola a Pedro Contarini (agosto de 1541), *Obras completas*, p. 631.
 28. Carta de Ignacio de Loyola al P. Juan Pelletier (junio de 1551), *Obras completas*, p. 774. Se trata de una carta con instrucciones completas sobre el modo de proceder de la Compañía en sus ministerios para ayudar a los prójimos. Dado que hay muchos ministerios posibles y no se pueden hacer todos, es necesario recurrir al discernimiento para tomar los que más ayudan.
 29. Carta de Ignacio de Loyola al P. Fluvio Androzzi (julio de 1556), *Obras completas*, p. 957.
 30. Carta de Ignacio de Loyola al P. Adrián Adrienssens (mayo de 1556), *Obras completas*, p. 949.
 31. En los textos que vienen a continuación Ignacio utiliza la palabra «mundo» en el sentido del Evangelio de Juan donde el mundo ni recibe ni conoce a Jesús, donde se dice que los discípulos «no son del mundo». «Mundo» sería prácticamente equivalente a «mundano»: una manera de estar en el mundo superficial, epidérmica e intrascendente.
 32. Se refiere a los que piden ingresar en la Compañía de Jesús.
 33. Se refiere Ignacio a los jesuitas enviados a la misión de Etiopía.

34. Carta de Ignacio de Loyola a Claudio, Emperador de Etiopía (febrero de 1555), *Obras completas*, p. 907.
35. Una carta toda ella donde Ignacio da noticia a Juan III de la razón de las persecuciones que ha sufrido, sin él desearlo ni buscarlo, a causa de Jesucristo. *Obras completas*, p. 663.
36. Carta de Ignacio de Loyola a los jesuitas del colegio de Padua (agosto de 1547), *Obras completas*, p. 701-704. La precaria situación económica de este colegio hacía que los jesuitas vivieran en gran penuria. Ignacio les anima a vivirla como Cristo y por amor a Cristo.
37. Carta de Ignacio de Loyola a los jesuitas de diversas partes de Europa (diciembre de 1552), *Obras completas*, p. 802.
38. Carta de Ignacio de Loyola a Francisco Jiménez de Miranda (julio de 1555), *Obras completas*, p. 929-930. Francisco Jiménez era abad de Salas (Burgos). Ante el mal uso que hacía de los bienes de la Iglesia, Ignacio le amonesta con claridad y decisión.
39. Carta de Ignacio de Loyola al P. Emerio de Bonis (mayo de 1556), *Obras completas*, p. 952.
40. Carta de Ignacio de Loyola a Teresa Rejadell (junio de 1536), *Obras completas*, p. 625-627. Ignacio mantuvo una amplia correspondencia espiritual con Teresa Rejadell, religiosa del convento de Santa Clara de Barcelona.
41. Carta de Ignacio de Loyola a la viuda de Juan Boquet (agosto de 1554), *Obras completas*, p. 884. Boquet había sido un gran benefactor de Ignacio y de la Compañía, en Barcelona. En esta carta Ignacio, enterado de su muerte, transmite su pésame a la viuda.
42. Carta de Ignacio de Loyola a Bartolomé Romano (enero de 1555), *Obras completas*, p. 897-898. Este jesuita estaba desilusionado en su lugar de misión y creyendo que las causas de ello eran «exteriores». Ignacio le invita aquí a mirar hacia dentro.
43. Carta de Ignacio de Loyola al P. Melchor Carneiro (febrero de 1555), *Obras completas*, p. 918. El P. Carneiro había sido enviado recientemente a la misión de Etiopía. En este contexto se inscriben estas afectuosas líneas de San Ignacio.
44. Carta de Ignacio de Loyola a los jesuitas enviados al Concilio de Trento (enero de 1546), *Obras completas*, p. 669. En esta carta Ignacio les ofrece una serie de consignas sobre el modo de proceder durante su estancia en el concilio.
45. Carta de Ignacio de Loyola a los jesuitas enviados a ministerios (septiembre de 1549), *Obras completas*, p. 743.

Cuadernos CJ

Son el fruto más destacado de la reflexión del Centro de estudios Cristianisme i Justícia. En un formato claro, y con una clara voluntad divulgadora, los cuadernos abordan aquellas cuestiones fundamentales que afectan en la actualidad al diálogo fe y justicia.



Papeles

En un formato breve y fácil de leer se sintetiza la presentación de un tema de actualidad. Los Papeles más que ofrecer respuestas cerradas pretenden despertar en el lector el interés por seguir buscando y reflexionando. Entendiendo pero que la brevedad no está reñida ni con el rigor ni con la profundidad.



Las publicaciones de Cristianisme i Justícia se encuentran en

www.cristianismeijusticia.net

¡Visita nuestra web para conocerlas!

Colección EIDES

"Ayudar", con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los demás. Bajo este lema de servicio y sencillez, la Escuela Ignaciana de Espiritualidad (EIDES) ofrece esta serie de materiales ignacianos.

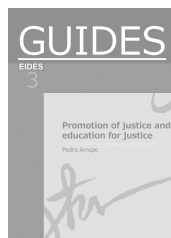
Colección virtual

La colección virtual es nuestra colección que se publica solamente en la web. Aquí encontrarás cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferentes no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que nuestros cuadernos CJ y por eso queremos que se difundan por la red.



GUIDES

La versión inglesa de EIDES, que encontraréis solamente en formato virtual.



«Ayudar», con este verbo, Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.

*Bajo este lema de servicio y sencillez,
la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES)
ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»

68. J. ROIG. El crecimiento espiritual - 69. L. YLLA - X. MELLONI - J. M. RAMBLA - D. OLLER. ¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad? - 70. P. TRIGO. Pedro Claver, esclavo de los esclavos - 71. GLÉNISSON. Una interpretación contemporánea de los Ejercicios de san Ignacio - 72. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (3) - 73. J. MENACHO. «Para que aparezca la divinidad que trabaja en nosotros» - 74. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (4) - 75. C. MARCET. Ignacio de Loyola: un itinerario vital

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet a: www.cristianismeijusticia.net/es/eides

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

www.cristianismeijusticia.net/eides